

El mapa de mi piel

*Con todo mi amor, para mi madre y mi abuela.
Y para todas aquellas mujeres que libran su batalla cada día. Para las que la perdieron.
Para las que la ganaron y que, felizmente, cada vez son más.*

1

Soy una persona de despertar lento, apacible. Un buen despertar. Es lo que he oído decir a mi madre de mí desde que tengo uso de razón. Abro los ojos a la luz, permanezco unos minutos inmóvil en la cama, hilando pensamientos inconexos, escuchando los ruidos cotidianos a mi alrededor, haciéndome a la vigilia y al nuevo día, un día como hoy. La puerta del armario, los cajones abriéndose y cerrándose con un golpe seco, las pisadas de Mario por el pasillo, el agua de la ducha. Cuando oigo cerrarse la puerta del baño, decido levantarme.

Antes lo hacía casi de un salto. Retiraba con fuerza el edredón y salía de la cama con ímpetu para encarar la jornada. Era algo así como un ¡ale-jop! mental, un salto con red a la adrenalina de mi frenética vida cotidiana. Activaba el piloto automático y marchaba directa a la oficina. Había días que realizaba el recorrido casa-trabajo-trabajo-casa en estado semiinconsciente. Simplemente, cerraba tras de mí la puerta blindada de casa y me sorprendía sentada frente al ordenador de mi escritorio, con el abrigo colgado en la tercera percha, el bolso balanceándose del sujetabolsos anclado al filo de la mesa y mis dedos acariciando el ratón a la espera de que se encendiera la pantalla, sin recordar cómo había llegado hasta ahí ni si habría saludado a mis compañeros de departamento, sumergidos en sus propios ordenadores. Y no es que tuviera lagunas mentales, no; era la fuerza de la costumbre, la corriente imparable de la vida en la que me dejaba llevar con los sentidos abotargados, ausentes. Mi cabeza se abstraía del trayecto en metro, de los rostros impávidos de los pasajeros, de la sucesión de estaciones, de los detalles mil veces repetidos ante mis ojos, y volaba a los planes de la siguiente semana o al siguiente proyecto o a las listas de tareas que debía haber hecho y aún estaban pendientes. Mi mente volaba a los futuros imaginados y planificados. Así llevaba tres años, ¿o eran

más?

Me incorporo con movimiento perezoso, y tiro de este cuerpo un tanto oxidado hasta quedarme sentada en el filo del colchón. El suelo de parqué está frío —mi lado de la cama da a la fachada norte del edificio—. La habitación sigue en penumbra, iluminada por el reflejo esquinado de la luz del pasillo. Todavía tiene el olor pesado del sueño. Hago un autochequeo rápido: cabeza, bien, no tengo calambres, no siento el molesto hormigueo en los pies, no me duele nada.

Me dirijo con paso somnoliento a la cocina y, de camino, me detengo en mis plantas: acaricio sus hojas, compruebo la humedad de la tierra, inhalo su olor. Respiro hondo. Después del desayuno me sentiré mejor. Nada de un café bebido aprisa y corriendo como solía hacer antes. Me preparo mi taza de té, una tostada de pan con tomate y aceite de oliva, y lo degusto a solas, en un silencio placentero, sentada a la mesa mínima de esta cocina dispuesta en un pasillo estrecho.

Mario aparece ya duchado y afeitado, su pelo húmedo repeinado hacia la nuca, con un olor a perfume caro de hombre. Masculla un *enosdías* al que correspondo con otro buenos días animoso desde detrás de mi taza de té. A diferencia de mí, él no tiene buen despertar. No mejora ni después de la ducha. Necesita un café bien cargado para empezar a pronunciar oraciones completas, coherentes y amables. Debo decir que lo de amables no siempre lo consigue. Tampoco es que sea desagradable, ojo. Son oraciones enunciativas —afirmativas o negativas—, del tipo «se ha acabado el café», «hoy llegaré tarde, voy al gimnasio» o «no encuentro mis zapatos» —porque siempre se los quita en un sitio diferente del piso—. No os hagáis una idea equivocada de él. No es el típico machista que exige encontrar su ropa limpia y planchada como por arte de magia en el armario y la cena preparada al llegar a casa, pese a que mi jornada laboral sea tan larga como la suya. Al revés. Está muy pendiente de mí, me quiere. Pero cada uno es como es.

Mario abre uno de los armarios de la cocina rebuscando su taza preferida, una de Starbucks que le regalaron en la oficina. Le indico que está sucia, en el lavavajillas. Puede coger cualquier otra de las seis que tenemos, prácticamente iguales. Masculla algo ininteligible y la saca para lavarla bajo el

grifo. Intenta convencerme de que el café no le sabe igual en una taza que en otra. Debe de ser que la loza de Starbucks le da un sabor enriquecido al café, me digo para mí, se lo callo a él. Antes no me fijaba tanto en esos pequeños detalles de nuestro día a día.

—¿A qué hora has quedado con tus padres? —me pregunta sin darse la vuelta. Todavía le cuesta enfrentar mi cabeza recubierta por este pelo pincho mañanero, crecido con un color indefinido.

—A la una y media allí. Me han pedido que seamos puntuales, que tienen reserva.

Una reserva muy perseguida en uno de los mejores restaurantes de Madrid, el mismo donde año tras año celebran su aniversario de boda ellos dos solos. Este mes cumplen treinta y cinco años de casados y querían celebrarlo con nosotras, sus hijas, y con Mario, a quien tratan casi como un yerno.

Mi ducha dura apenas cinco minutos bajo el agua tibia —mi piel se reseca en exceso bajo el agua bien caliente, casi hirviendo, con que me duchaba antes—, es la ventaja de tener el pelo cortado al dos. No pierdo el tiempo en lavados, peinados y secados, me lo froto con la toalla y listo.

De vuelta a la habitación he abierto de par en par mi mitad del armario. Bajo la luz de este día gris la visión de mi vestuario me aburre. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Resulta extrañamente insulso y apagado: tanto los cuatro trajes de chaqueta con sus correspondientes blusas en tonos neutros que me ponía para ir a trabajar como esos tres vestidos de líneas rectas y colores oscuros. Uniformes para destacar mi aspecto más eficiente y profesional en el bufete. Del fondo del armario rescato un blusón en tonos fucsia, verde y naranja de reminiscencias indias, adquirido hace poco en una tarde loca de compras con mi hermana, y unos pantalones anchos negros que disimulan mis cinco kilos ganados durante el tratamiento.

Mario vuelve con el gesto suavizado por el efecto del café. Me termino de vestir observando cómo elige su ropa —con mis padres no arriesga: pantalones chinos beis y camisa azul clarito—, cómo se enfunda los pantalones y los deja desabrochados mientras se abotona con parsimonia la camisa delante del espejo de cuerpo entero.

Y mi libido por los suelos, muy a mi pesar... y al suyo, supongo.

Otra cosa no, pero en los últimos meses he desarrollado una curiosidad extrañada al contemplarlo, intentando redescubrir los pequeños gestos que me conquistaron en su día. En los seis años que llevamos de novios —los cuatro últimos viviendo juntos— Mario se ha pulido a base de ambición, la suya, y consejos cariñosos, los míos. Sus rasgos añados se han afilado, su estilo se ha depurado, pero sobre todo, Mario es de esos hombres que ganan atractivo con el tiempo y la ayuda de algunos atributos externos. No sé si me explico. Pongo un ejemplo: los futbolistas. Todas conocemos futbolistas feos o insulsos que, rodeados del halo del deporte, el liderazgo, el dinero y el triunfo, nos parecen dotados de un atractivo irresistible. Pues algo así le pasa a Mario. En el tiempo que llevamos juntos le he visto convertirse en un joven ejecutivo que exuda seguridad, poder, autoconfianza.

Cuando ya ha terminado de vestirse, le veo acercarse su cara al espejo y darse unos toques rápidos con gomina en el pelo castaño, sin recrearse demasiado en su propia imagen. Mario no es presumido; ha aprendido a cuidarse y vestir bien, dentro de un estilo clásico que le hace parecer mayor y más conservador de lo que es en realidad. Desde que, hace seis meses, le ascendieron en la compañía auditora en la que trabaja, suele comprarse ropa cara, de marca, como si su armario también hubiera ascendido con él. Trajes, camisas, corbatas y hasta los calzoncillos llevan impresa alguna etiqueta de firma, al igual que su ropa más informal. En estos últimos meses se ha gastado el equivalente a un sueldo en renovar su vestuario. Yo le pregunto medio en broma medio en serio a quién se está intentando ligar en la oficina para vestirse tan guapo y él me responde, con el tono de voz que utiliza para señalar una obviedad, que la imagen personal es muy importante en nuestros respectivos trabajos, al menos lo es para su jefe, uno de los socios de la firma. Y él quiere llegar muy lejos de la mano de su jefe.

Me enrolla un colorido pañuelo de seda en la cabeza, a modo de turbante.

—No te irás a poner el pañuelo —dice al verme frente al espejo.

—¿Por qué no? Estoy más cómoda con él, y me queda bien. A mí me gusta.

—Estás más guapa con la peluca.

—Dame un minuto y verás qué bien me sienta —le respondo con el lápiz de ojos ya deslizándose sobre el filo de mis pestañas. Me pongo un poco de colorete en las mejillas, brillo en los labios, y me giro hacia él, simulando una pose de diva, en un intento de que relaje su mirada severa.

Hace un leve gesto de negación con la cabeza.

—El pañuelo te hace parecer enferma, cariño, y tú ya no lo estás. Deberías deshacerte de todas esas cosas. Cuanto antes lo hagas, antes volverás a la normalidad, tú y todos —insiste, desviando sus ojos de mí.

Mario es transparente: utiliza palabras como «cariño» o «cielo» cuando quiere convencerme de que está de mi parte aunque yo no lo sepa. No le respondo. Continúo maniobrando con la tela sobre mi cabeza, probando diversas formas de anudarlo, mientras él permanece de pie a mi espalda, en un silencio cargado de reproche. Finalmente, dice:

—Haz lo que quieras. Yo me voy. Tengo cita en la ITV, se me olvidó comentártelo. Volveré a tiempo para recogerte e irnos al restaurante.

Coge la cartera, las llaves, se palpa los bolsillos, y, sin mediar palabra de despedida, se marcha. Escucho la puerta del piso cerrarse con un golpe seco.

Envuelvo mi cabeza en el pañuelo, bien ceñido, y me contemplo de nuevo en el espejo: no tengo aspecto de enferma —el vello de mis cejas y mis pestañas me ha vuelto a crecer—. Tengo aspecto de lo que soy, una superviviente.

Quizás ha llegado el momento de contarlo. Me he resistido hasta ahora por una buena razón; en cuanto lo nombro, muda la expresión de la gente. A veces, son cambios muy sutiles pero a mí no se me escapan: la boca trueca en desconcierto, en los ojos una sombra de sorpresa primero, de compasión después «tan joven, con todo el futuro por delante, qué pena», esos mismos ojos que, un minuto más tarde, se deslizan hasta mi pecho con disimulo. Y me fastidia porque parece como si la enfermedad me definiera, como si sirviera de medida para lo que puedo o no puedo hacer, lo que puedo o no puedo ser. Y no es cierto. Pero supongo que no tengo más remedio que decirlo, ya que para bien o para mal, forma parte de esta nueva Celia que soy. Así que ahí va: Carcinoma multicéntrico ductal infiltrante tratado con mastectomía radical del seno izquierdo. En cristiano: un cáncer de mama —cáncer con todas sus letras,

no el eufemismo de la larga y penosa enfermedad de las necrológicas— diagnosticado hace un año, ya cumplidos los treinta y uno, en los últimos coletazos de mi juventud, como quien dice. Cuando lo último que te pasa por la cabeza es que un pequeño bultito que palpas una mañana bajo la ducha se llevaría por delante uno de los estandartes de mi feminidad. ¡Adiós a mi pecho izquierdo! Luego la quimioterapia arrastraría a mechones mi melena y el vello de mi rostro, y el de mis brazos pero no el de las piernas, que ese no se caía ni que me dieran arsénico. Y mira que con la quimio nos meten guarrerías, pero nada. El vello de mis piernas resistió, negro y tieso como escarpías. Y yo sin poder depilarme.

Trescientos sesenta y cinco días después celebro mi primer aniversario tras aquel diagnóstico. Mis últimas pruebas médicas han salido muy bien, estoy limpia y sana según el informe médico de alta. Estoy lista para reincorporarme a mi trabajo en el bufete. Mi hermana Eva me acompañó en esa última cita y juntas escuchamos las recomendaciones de mi oncólogo favorito, de quien temía alejarme y romper la relación de confianza ciega construida enfermizamente a lo largo de casi un año.

—¿Y si recaigo? ¿Y si han pasado algo por alto? ¿Y si ...?

Mi médico —tan sabio, tan sereno— me cogió la mano por encima de la mesa.

—Estás bien, Celia. Solo tienes que seguir tu medicación diaria con el tamoxifeno durante los próximos cinco años y venir a tus revisiones. Conmigo. La primera será en tres meses. Luego, si todo continúa como hasta ahora, serán semestrales. —Vuelve la vista a su ordenador y escribe algo rápido. Yo debía de parecer un mar de dudas—. No pongas esa cara de susto, mujer, ¡que estás muy bien! Ahora tienes por delante unos meses más de recuperación en los que deberás cuidar tu alimentación, comenzar a hacer ejercicio despacito y recuperar fuerzas hasta que te sientas bien del todo. Nuestro objetivo es llegar a la remisión total y evitar recaídas. Ahora ya viene lo fácil... o lo difícil, según cada cual.

El timbre de la puerta me arranca de mis pensamientos. Suena dos veces más, breves, impacientes. Al abrir, dos mensajeros aparecen frente a mí

portando sendos paquetes en sus manos.

—Venimos juntos pero no revueltos. —Me suelta con un deje castizo el empleado de Correos, entregándome una caja de tamaño mediano, muy liviana.

En cuanto estampo mi firma en el terminal, el segundo mensajero me tiende una orquídea rosa envuelta en celofán con una lazada del mismo color.

—Cuidado con el sobrecito, a ver si se le cae —me advierte, señalando el sobre turquesa pegado con celofán a la lazada.

Al quedarme sola, despego con curiosidad la tarjeta de la orquídea y leo el mensaje escrito en una letra que me resulta muy familiar:

Para que celebres muchos más años tan espléndida y tan bonita como esta orquídea.

Besos.

Susi

Sonrío para mí. Susi, mi amiga del alma, siempre tan pendiente. Cómo se le iba a pasar a ella este día.

El segundo paquete viene envuelto con papel de regalo dentro de una bolsa. Al rasgar el papel extraigo la caja naranja estampada con el icono de una conocida marca de deportes. Bajo la tapa aparecen unas zapatillas de correr de colores verde y amarillo fosforito, muy llamativas. Y, junto a la caja, una hoja con membrete de la tienda y un pequeño texto mecanografiado que casi me pasa inadvertido:

Estoy deseando probarlas contigo.

Te quiero.

Mario

Él también se ha acordado, qué detalle. En cierto modo, lo difícil sería que no se hubiera dado cuenta. Ha sido una semana extraña. Salto ante cualquier cosa, lloro por tonterías, me quedo absorta en medio de una conversación... Y todo por este primer aniversario, por el recordatorio de aquel horrible día, el día en que mi vida se puso patas arriba y no tuve más remedio que ponerla en pausa. Y, un año después, te das cuenta de lo largo y duro que ha sido. Para mí y para los que me rodean: mis padres, mi hermana, y por supuesto, para Mario. Cómo no entender sus ganas de dejar todo eso atrás y seguir adelante. Desde el día de mi alta médica Mario se ha esforzado por

borrar cuanto antes todo vestigio de mi enfermedad. No le gusta que hable del cáncer, que diga lo que siento —le cambia la cara cuando lo hago—. Él quiere que vuelva a ser la Celia organizada, amable y saludable con la que se había ido a vivir cuatro años atrás y no la Celia algo cansada, hinchada y sosegada que ha sobrevivido a la enfermedad y se asoma de nuevo a la vida que dejó aparcada para luchar esta batalla. Esa vida hambrienta de reconocimiento, amor y éxito que tenía entonces. Esa vida ajena que ahora observo, extrañada, con la perspectiva de los que se han enfrentado de cerca a la idea de la muerte.

Deshago el nudo del pañuelo, que se desliza hasta el suelo dejando al descubierto mi cabeza ya menos pelona, y voy en busca de mi peluca. ¿Qué más me da a mí lucir pañuelo o peluca? No es tan importante, de verdad. A fin de cuentas, la peluca también me queda bien. Es una melena lisa a la altura del hombro hecha a base de cabello natural importado de la India, con un precioso tono chocolate brillante. Me hace ser la de siempre, la Celia reconocible por toda mi familia. Y es que el pañuelo incomoda no solo a Mario, también a mis padres, a pesar de que el llevarlo me haga sentir fuerte y orgullosa, la imagen de una amazona victoriosa, dueña de su vida y su destino. Y hacía demasiados años que no me sentía así. Sin embargo, no merece la pena discutir ahora por esto, no para mí, y menos un día como hoy.

Delante del espejo fijado a la cómoda me coloco con cuidado la peluca sobre el cráneo y retoco unos mechones para que parezca aún más natural. Es una sensación extraña tocarse el pelo y no sentir su tacto o su movimiento en la cabeza, como una parte de tu cuerpo ajena a ti misma, presente pero inerte. Me miro al espejo y me digo: aquí estamos de nuevo, Celia. Kilómetro cero. Ponte las pilas, y en marcha.

Mientras espero que regrese Mario, me pruebo las zapatillas que me ha regalado. Unas zapatillas ligeras, flexibles. Una buena excusa para volver a correr juntos de nuevo, tal y como solíamos hacer antes.

Oigo la puerta del piso cerrarse. Mario ha vuelto.

—¿Ves como así estás más guapa? —me dice con satisfacción al verme arreglada para salir, con la peluca colocada en mi cabeza. Sus ojos se fijan en las zapatillas que aún llevo puestas—. Vaya, ¡han llegado justo a tiempo! ¿Te quedan bien?

—Sí, son muy cómodas, parece como si no las llevara puestas — respondo, dándole un beso en los labios—. Muchas gracias, eres un sol.

—Así ya no tenemos excusa ni tú ni yo. Dame unos minutos y enseguida nos vamos.

Me quito las zapatillas y me calzo unos zapatos más apropiados para la comida de celebración. Luego saco mi abrigo del armario del recibidor y, mientras espero a Mario, me acerco al ventanal de nuestro salón, que da a una terraza que por su tamaño podría ser casi de adorno, donde hiberna un geranio y crece una pequeña enredadera que planté en un minúsculo macetero de tierra. Todavía me sorprende ver cómo aquel esqueje mustio se agarró a la tierra y, poco a poco, ha ido ascendiendo por la pared enladrillada. Abro la ventana y respiro hondo llenándome de aire fresco los pulmones. Huele a lluvia. Hoy es uno de esos días en Madrid en los que el cielo, cubierto de ronchas de nubes en distintas tonalidades de gris, tiñe todos los rincones de la ciudad de un aspecto oscuro y tristón a la espera de una tormenta inminente.

Mario viene a mí con paso rápido. Elegante, arropado en el chaquetón azul estilo marinero que elegimos no hace tanto —quizás el invierno anterior— con la alegre despreocupación de una pareja joven con todo el futuro por delante. Coge las llaves del recibidor, me empuja suavemente por los hombros y salimos del apartamento los dos juntos, en silencio.

2

El camarero nos guía con solemnidad hasta el comedor del conocido restaurante centenario que han elegido mis padres para la ocasión. Alta cocina tradicional española en un escenario decadente, congelado en la máxima de que cualquier tiempo pasado fue mejor, una máxima que comparte, sin duda, buena parte de su envejecida clientela. Cuando Mario y yo llegamos a la mesa, elegantemente dispuesta para cinco comensales, mis padres esbozan una sonrisa de tranquilidad. Mi padre nos recibe jugando con el cuchillo sobre la mesa acolchada, el gesto adusto más suave que de costumbre. Mi madre, a su derecha, me hace una seña sutil para que me siente a su lado y Mario se acomoda a la izquierda de mi padre, que lo mira con respeto e incluso admiración. El camarero se acerca a preguntarnos qué queremos beber mientras esperamos. Yo pido una botella de agua del tiempo. Mario, una copa del mismo vino tinto que bebe mi padre.

—No, no, tráiganos una botella de Muga —le indica mi padre al camarero con la mano posada en el hombro de Mario, a quien sonrío—, que sé que te gusta.

Y a mi padre le gusta mucho Mario. Aprecia su carácter reservado y contenido, que sea economista y que trabaje en una conocida firma auditora multinacional de las que patrocinan eventos y se anuncian a toda página en los periódicos. Suele preguntarle por su trabajo, le pide su opinión sobre determinadas empresas o comentan alguna actuación empresarial polémica publicada en la prensa económica de las muchas que han surgido durante la crisis. Mario se crece ante él, como imagino lo hará delante de tantos de sus adinerados clientes, exhibiendo su buen criterio, sensatez y aplomo. En eso lo he tenido siempre fácil: ambos se han entendido muy bien desde el principio.

Durante un rato esperamos a mi hermana Eva, que llega tarde, como

suele ser habitual en ella. Mi hermana es impuntual por naturaleza o por rebeldía, que viene a ser lo mismo. Siempre ocurre algo importante en su vida que justifica sus ausencias o retrasos y yo me he convertido en su encubridora ante mi padre, que no soporta la despreocupación provocadora de mi hermana.

—Esta mañana creo que la han llamado para que acompañe a una cliente... —Improvisado sobre la marcha. Mario me mira reprobatorio. No le parece bien que mienta por Eva.

—¿Y le llaman así, de repente, un sábado por la mañana y sin avisar? ¡Pobre! —se lamenta mi madre, cómplice de mi explicación. Sabe a la perfección de qué pie cojea mi hermana.

—Es lo que tiene el ser autónoma. Debe decir que sí a cualquier cliente que le llame sea cuando sea —añado, en un intento de dar más credibilidad a mi excusa. En cuanto termino de hablar, escribo un wasap a mi hermana contándole la historia inventada para cubrirle.

A mi padre se lo llevan los mil demonios pero se calla porque todo lo que sea trabajo es justificable. Tanto mi padre como Eva tienen un carácter demasiado fuerte y orgulloso, así que son incapaces de dar su brazo a torcer el uno frente al otro. De ahí vienen sus constantes choques. De ahí y de que mi hermana lleva desde la adolescencia cuestionando la autoridad excesiva y arbitraria de mi padre, así como la hoja de ruta vital que nos había diseñado a cada una. Su devoción por sus hijas justificaba que nos azuzara constantemente para ser las mejores en cualquier iniciativa que él considerara buena para nuestra formación: *ballet* en nuestros primeros años, piano —pese a haber heredado su escaso oído musical—, natación, y por supuesto, en los estudios. Era obligado sobresalir, destacar, ser las primeras en todo siempre, sin excusas. Cuando mi hermana dejó el bachillerato a medias, empeñada en hacer su santa voluntad bajo la amenaza de marcharse de la casa y no volver nunca, mi padre dejó de esperar nada de ella y volcó todas sus expectativas en mí, una enorme mochila cargada con sus numerosas y elevadas expectativas que me eché a las espaldas como buena y responsable hija que era.

—¿Cuándo te reincorporas al trabajo, Celia? —pregunta mi padre.

—Dentro de una semana —Mario responde por mí, mirándome complacido.

—Esa es una estupenda noticia, sí, señor. Te va a venir muy bien volver al trabajo. Es un paso muy importante. ¿Has hablado ya con tu jefe? —No me deja responder y prosigue—: Debes hablar con él, que sepa que ya estás lista para lo que necesite.

—Le llamé hace unos días. Me reuniré con él nada más llegar. Me han recomendado en la asociación contra el cáncer que le explique mi situación actual, que aún no estoy al cien por cien, que me costará un poquito coger el ritmo de nuevo.

Mi padre alza una de sus cejas grises deshilachadas en un gesto de extrañada sorpresa y extiende su mano hasta el pie de su copa de vino antes de advertirme.

—No se te ocurra decir eso. Parece que le estás poniendo sobre aviso de que no vas a ser capaz de trabajar como antes. Iriarte me dijo que eres una de las abogadas jóvenes más valoradas del bufete.

—Iriarte no es mi jefe, papá. Él dirige el Departamento Jurídico y no se lleva especialmente bien con Andrés.

—Pero es socio también. Algo habrá oído para decirme eso. No tendría por qué hacerlo, no me debe nada —replica mi padre—. Hazme caso. No lo comentes. Si tienen algo que reprocharte, que te lo digan ellos.

—Es que al principio me va a costar, papá.

—No te va a costar nada. Nada de quejas ni victimismos. Si vuelves es porque estás recuperada y todo lo demás queda atrás. Debes transmitir seguridad, confianza en tu propia reincorporación al trabajo. —Noto un atisbo de irritación en su voz que enseguida modera—. ¿O es que no estás bien?

—Claro que estoy bien. Pero han sido muchos meses de baja. No estoy al día, y necesito familiarizarme de nuevo con los clientes y los temas que llevaba.

—Eso es normal, ya cuentan con ello. —Hace un gesto de impaciencia o desdén, no sé—. No te conviene alarmarles. ¡A ver si te van a despedir! Ahora tienes que decir a todo que sí, esforzarte todo lo que puedas. Estar ahí para cuanto te encarguen. Mira que ahora se agarran a un clavo ardiendo para tramitar un despido objetivo —insiste mi padre.

—Tu padre tiene razón, Celia. —interviene Mario y yo le lanzo una mirada de reproche que le deja indiferente porque continúa hablando—: Ellos

no esperan que te reincorpores al máximo nivel, te irán dando trabajo poco a poco. Si los pones sobre aviso nada más incorporarte, después te costará el doble demostrar que estás bien.

—¿Por qué no pruebas antes a ver hasta dónde eres capaz de llegar y luego ya, si acaso, se lo dices a tu jefe? Si a mí me viene un subordinado a avisarme de que no va dar mucho de sí cuando ya le han dado el alta para trabajar, puede que me predisponga contra él y a la hora de pensar en alguien para una mejora salarial o ascenso, no lo recomendaría —añade mi padre, cuya aspiración secreta había sido verme como socia del bufete antes de los treinta años. Antes que nadie, mejor que nadie.

Yo ya le he repetido por activa y por pasiva que en mi bufete las mujeres llegan a socias con cuentagotas y no antes de los cuarenta —por el momento, solo hay una con posibilidades de ascender y se apellida Macho, lo cual da pie a bromitas machistas de mal gusto en la oficina que incluso algunas compañeras secundan—, pero además, es que a mí llegar a socia no es algo que me llene en estos momentos; no como antes, cuando todavía pensaba que ser la mejor abogada de mi departamento y ascender la primera del pequeño equipo adscrito a mi jefe le daba sentido a mi vida. Mi padre sigue emperrado, convencido de que puedo aspirar a más dentro de este bufete. En su opinión, me falta aprender a venderme mejor, ser menos blanda. Y Mario coincide con él, cómo no.

—Deja a la niña que haga lo que tenga que hacer. Ella sabrá —intercede mi madre mientras acerca y aleja la carta, con los ojos entrecerrados.

—Yo únicamente, le estoy dando mi opinión, que sé de lo que me hablo. —Y, de nuevo se dirige a mí—. A veces pecas de ingenua, hija. Hoy en día hay que tener el colmillo un poco retorcido si quieres llegar alto. La inteligencia y el trabajo duro no son suficientes. Te falta picardía. No se puede mostrar debilidad; hoy en día, no.

Puede que tenga razón, pero no voy a seguir discutiendo un tema al que vuelve como un martillo pilón, incansable, agotador, sordo a mis objeciones. Mi padre decide no insistir, pero carraspea y vuelve a la carga con otro asunto delicado.

—Bueno, ¿y para cuándo la boda? Ahora que ya estás bien, digo yo que

podréis empezar a pensar en eso...

Mario se revuelve en su silla, me mira con rapidez, en un gesto con el que pretende cederme la palabra y luego se concentra en la etiqueta de la botella de Muga que ya reposa sobre la mesa. En realidad, es una conversación que hemos conseguido eludir los dos en los últimos meses sin esforzarnos demasiado. Hace un par de años Mario me propuso que nos casáramos. Llegó una noche a casa con una bolsa de comida oriental y una botella de vino que posó encima de la mesa al mismo tiempo que una pregunta inesperada: «¿Y si nos casamos?...». Así, de sopetón, en frío, como si de una ocurrencia surgida en el trayecto del ascensor que va del garaje a nuestra casa se tratara. El romanticismo ni apareció ni se esperó. Aunque soy consciente de que Mario no es hombre de romanticismos ni de ocurrencias improvisadas —debió de habérselo pensado muy mucho pese a ese tono casual con que lo soltó—, lo cierto es que me pilló un poco por sorpresa. De hecho, fue una sorpresa mayúscula. Unos días después, recordándolo, me repetí que Mario era así, muy práctico y resolutivo. Y que conste que me pareció un gesto tierno por su espontaneidad, insólita en él, a pesar de que lo rechacé con suavidad, alegando que me parecía algo precipitado. Todavía éramos jóvenes, vivíamos juntos, estábamos bien..., ¿por qué no dejarlo para un poco más adelante? Y más adelante apareció mi cáncer en escena y entonces era implanteable, claro. Por él, por mí... por los dos. Y ahora... no me arrepiento de aquella decisión. Aún no me siento con ánimos para pensar en una boda. Me da mucha pereza. E ilusión, ninguna. Desde aquella vez nunca hemos vuelto a sacar el tema, así que no es momento de hablar nada.

—Papá, por favor... —reirimino a mi padre. No me gusta que se meta en nuestros asuntos, aunque no me atreva a decírselo a las claras—. ¿Es que no hay otros temas de conversación en esta familia que no giren en torno a mí? ¿Qué tal si hablamos de cuándo piensas ir al médico para que te vean lo de la próstata?, ¿o de la grúa que se llevó el otro día tu coche por aparcar donde no debías?

Me mira, indignado. No hay nada que más le moleste que hablar de aquello que le hace sentir que se hace mayor, que no está tan en forma y ágil como antes.

—Ah, ¡qué tipejos! ¡Estaba mal aparcado pero no molestaba a nadie ni entorpecía el paso! Lo único que quieren es sacarnos el dinero.

En ese momento distingo a mi hermana en la puerta del restaurante. Nos busca paseando sus ojos despiertos por el local y llega hasta nuestra mesa con paso elástico, sonriéndome a lo lejos, consciente de las muchas miradas fijas en ella, atraídas por ese resplandor que irradia que, sin ser un bellezón, parece una modelo de alguna revista femenina de moda tocada de la gracia y el estilo divinos, porque digo yo que divino debe de ser si no viene de serie en nuestros genes, como evidencia mi carencia de ellos. Mi hermana nos da un beso a todos y se sienta a mi lado, envuelta en un perfume dulzón, algo empalagoso para mi gusto. Se gira para darme un achuchón y me pregunta en bajito al oído cómo me encuentro. «Bien, bien», le respondo.

Se aparta de mí para señalar, burlona, mi cabeza.

—¿Y esto? ¿Has recuperado tu rata? —Y me da dos tirones de pelo tan fuertes que la peluca se descentra y cae hacia mi hombro izquierdo.

—¡Quita! ¡No seas bruta! —me quejo sonriéndome. Me la vuelvo a colocar más o menos recta y añado en voz baja—. Mario prefiere verme con ella puesta. A mí me da igual.

Me refugio en la carta de papel verjurado que hojeo en diagonal a la caza de los platos de pescado, la especialidad del restaurante.

—Con el pañuelo estás guapísima, no le hagas caso. A tu cara le sienta bien el pelo corto. Destacan más tus pómulos y esos ojazos verdes que mamá te ha dado —susurra Eva, para quien Mario no es santo de su devoción, especialmente desde la enfermedad. No le perdona sus viajes y sus ausencias justo cuando yo más lo necesitaba.

—La peluca te queda muy bien, cielo —dice mi madre—. A mí también me gustas más con ella. ¿Cómo va tu pelo?

—Mi pelo crece demasiado despacio y ralo, pero al menos, no me sale a ronchas, como la primera vez. —Tras la quimio, me empezó a crecer solo en algunas partes de la cabeza, así que no tuve más remedio que raparme de nuevo y esperar a ver qué salía esta vez—. Aún no sé qué color tiene, no parece el mismo que tenía. Dicen que después del tratamiento ya no crece igual. Si por mí fuera, que crezca pelirrojo y rizado, pero que crezca. Ya tengo ganas de tirar

la peluca.

—¡Pero cómo vas a tirarla! ¡Si te costó un pastón! Podemos revenderla o llevarla a que le hagan un buen corte en la peluquería y dejársela a papá, que la va a necesitar en breve. —Eva mira burlona la calva progresiva de mi padre, enfrascado en su conversación con Mario.

—Si fuera una peluca menos juvenil se la podríamos mandar a la tía Carmina —dice mi madre—. La pobre siempre tuvo poco pelo y muy malo, demasiado fino, pero desde que hicieron la mastectomía y le aplicaron aquel tratamiento tan fuerte de quimioterapia, se le cayó y ya no le ha vuelto a salir casi nada, así que sale a la calle con su peluca, tan guapa.

—¿Tú crees que se pondría una peluca como la mía? Tía Carmina debe de ser ya muy mayor.

Mi madre hace un cálculo mental rápido.

—Tendrá unos setenta y cinco años, pero está estupenda. Sigue tan excéntrica y juvenil como siempre, se engalana con alguno de esos sombreros y pamelas que coleccionaba y sale a pasear con sus amigas. Y todavía sigue pintando sus cuadros. Está preparando una exposición, no os lo perdáis, y tiene al pueblo levantado en pie de guerra contra el alcalde porque no le cede la sala cultural para exponer allí. Pero no termino de verla yo con tu peluca, la verdad.

Me viene a la memoria la imagen de la tía Carmina en mis veranos preadolescentes, vestida con una túnica turquesa y una pamelita de paja con la que protegía su piel ya ajada de sus sesenta años contra el calor que reverberaba en la parte trasera del cortijo, donde crecía la sombra a partir de las cinco de la tarde. Carmina era de siestas breves y tempraneras, y, en cuanto la sombra delineaba un rincón, ella agarraba su maletín de pinturas y se colocaba frente al lienzo apoyado en su caballete, obsesionada con captar la luz anaranjada del atardecer en el olivar. Muchas tardes de aquellos veranos tórridos en el cortijo me sentaba a su lado delante de mi propio lienzo reciclado de entre los desechados por ella, intentando copiar el mismo paisaje que mi tía se esforzaba en reproducir. De cuando en cuando, se acercaba a observar mi tela, fijándose en cada pequeño avance entre exclamaciones, como si fuera un prodigio infantil de destreza pictórica, y, a continuación, me explicaba alguna técnica sencilla con la que mejorar mi cuadro. Un tono de verde más intenso

aquí, una pincelada más larga y suelta por acá. Yo debía de tener entre doce y catorce años. «¡Esta niña tiene que dedicarse a la pintura, Juanjito, tiene talento!», exclamaba al ver aparecer a mi padre por la esquina oeste de la casa, la más alejada a nosotras, camino de su paseo vespertino a lo largo de las cuerdas de olivos. Las primeras veces, yo contenía la respiración, entre emocionada y temerosa ante la posibilidad de mostrar mi trabajo al ojo siempre exigente de mi padre. Nunca tuve ocasión. Juanjito —el diminutivo cariñoso con el que ella le castigaba, por muchos años que cumpliera mi padre— asentía con la cabeza sin detenerse, con una tenue sonrisa dibujada en su cara. Extendía su mano desde la distancia a modo de saludo o despedida displicente y continuaba su paseo.

El camarero se acerca a tomarnos nota de lo que vamos a pedir.

—¿Y qué sabes de las primas? ¿Siguen bien? Ninguna ha recaído, ¿verdad?

Y es que las dos hijas de mi tía Carmina han pasado también por un cáncer de mama. Ellas fueron las primeras a las que recurrió mi madre cuando me dieron el diagnóstico, en un intento de encontrar explicación a mi enfermedad en los antecedentes de cáncer en la familia, aunque fuera familia indirecta: Carmina es prima hermana de mi padre, no de mi madre. Al preguntarle al médico, este nos dijo que esa relación de parentesco era demasiado débil como para influir en mi caso.

—No, que yo sepa, están bien. El de Lola fue hace casi diez años, y ella debe de sobrepasar ya los cincuenta. Y Mamen hace menos, unos tres o cuatro años, pero el suyo fue peor porque le tuvieron que quitar los dos pechos, si no recuerdo mal, y debía de tener también poco más de cuarenta años, muy joven todavía. —Sonrío para mí, recordando la coletilla «tan joven», que acompañaba cada comentario sobre mi enfermedad—. Me la encontré el año pasado por el pueblo, que había ido a pasar las vacaciones con su familia, y la vi muy bien. Enseguida se acercó a saludarme, siempre tan cariñosa y vivaracha, se parece un poco a su madre en el carácter. Lola, en cambio, es más seca, ha sacado el carácter de los Marquina, la familia de su padre.

—¿Y la tía Carmina sigue viviendo sola en el pueblo? ¿En el cortijo? ¡Qué valor! Debería irse a vivir con sus hijas —replica mi hermana.

Mi madre hace un gesto de negación con la cabeza.

—¡Qué va! El cortijo solo lo abren cuando van las hijas en verano, que aquello está algo apartado. Ella se queda en su casa del pueblo, donde ha vivido desde que el tío Alfonso se jubiló. Allí está mejor que en ningún sitio. Tiene su jardín, sus recuerdos, sus pinturas, su casa..., ¿qué más quiere? Yo la entiendo. Ella nunca ha vivido en un piso ni en una ciudad, en la que le costaría moverse sola. Y Carmina siempre ha sido muy independiente, incluso cuando el tío Alfonso aún vivía. En el pueblo ella entra y sale, habla con unos y con otros, hace su compra, sale con sus amigas y luego se dan un paseo, y eso le da la vida. Lola vive a poco más de media hora, y Mamen a una hora y algo. Si ocurre algo, se plantan en el pueblo en lo que tardas tú en cruzar Madrid en hora punta.

—Pero si le pasa algo, no hay ningún hospital cerca. El más cercano está a cincuenta kilómetros.

—Hay un servicio de ambulancias en el pueblo de al lado que ha funcionado muy bien todos estos años. Y si no fuera por aquel cáncer, Carmina siempre ha tenido una salud de hierro y una vitalidad envidiable. Cuando tiene las revisiones anuales en el hospital Mamen se la lleva unos días a Jaén y punto.

Mi padre nos interrumpe con el tintineo urgente de su copa, reclamando nuestra atención como un niño celoso de nuestra complicidad con mi madre, de la que se siente excluido.

—¡Dejaos de cháchara, que hay que brindar! —protesta.

Se pone en pie, alza su copa y pronuncia unas frases con la misma rigidez que si fuéramos un consejo de Administración. Mi padre es institucional hasta en los brindis familiares, todo hay que decirlo. Pero hoy no hacemos bromas a su costa porque íntimamente, sabemos que, para mis padres, esto es más que una celebración de su trigésimo quinto aniversario de boda. Hoy hace un año de mi diagnóstico. Un año, y aquí estamos, todos juntos. Celebran verme bien, de vuelta a la normalidad, la suya, la que recuerdan de antes de la enfermedad, porque el último año transcurrido se da por superado, zanjado, silenciado. Y yo lo respeto, y, si me preguntan, respondo siempre que estoy muy bien, gracias.

Y en serio, estoy muy bien si tengo en cuenta que hace cinco meses de

mi última sesión de quimio, que no he necesitado radio, que no tenía ganglios afectados, que los últimos marcadores tumorales salieron limpios y que estoy en condiciones de reincorporarme a mi trabajo. ¿Qué más puedo pedir? Ellos están tranquilos y yo me siento bien, recuperándome a mi ritmo, sin dar explicaciones a nadie de por qué hay días que mi cuerpo no me acompaña al levantarme por la mañana.

Mis padres en este momento tienen otro tipo de preocupaciones como la cercana prejubilación de mi padre en la empresa pública donde lleva treinta y tres años trabajando o si se deciden a cambiar de coche a uno más pequeño o si mi hermana por fin, consigue un trabajo serio —lo de *personal shopper* o asistente personal de compras les suena a trabajo temporal de universitarias— para que vaya encauzando su vida.

—Por cierto, ya que estamos aquí reunidos, aprovecho para informaros de que me voy a vivir con Daniel. —Suelta Eva como broche final al brindis. Ella siempre tiene que decir la última palabra—. Así que el mes que viene, papá, os dejo el piso libre para que podáis alquilarlo.

3

De vuelta a casa, Mario me sonrío, satisfecho de reconocerse en la antigua Celia. La Celia que conoció seis años atrás en la barbacoa organizada por unos amigos comunes en un chalet de la sierra de Madrid.

Aquella noche, el jardín enorme y asilvestrado reunía a una buena representación de aspirantes junior a ejecutivos de banca, consultoría, grandes corporaciones o bufetes de prestigio nacional e internacional, con sus sonrisas blancas y perfectas, los colmillos afilados, dispuestos a conocerse, reconocerse y establecer relaciones entre sí en aras del futuro de sus prometedoras carreras profesionales. No sería honesta si no me incluyera entre ellos, víctima de mis propias contradicciones.

Llegué a la barbacoa con las que en aquel momento eran mis amigas, May y Olivia, ambas antiguas compañeras de la facultad. Ocultaba la secreta esperanza de encontrarme al único chico que buscaba entre los demás en cada una de nuestras quedadas de los últimos fines de semana, el amigo escurridizo de otro compañero de clase. Javier, se llamaba. Más atractivo que guapo, con aspecto de cuidado desaliño como tantos otros, aparecía siempre de manera inesperada, tan impredecible como el parte meteorológico que decidía, en el último momento, sus salidas a la montaña los fines de semana. Decía que nada superaba la sensación de beberse una birra en la cumbre después de haberse dejado manos e higadillos en una pared vertical de roca. Lo decía sin fanfarronería, con los ojos brillantes clavados en ti y la consabida cerveza en su mano, y tú deseando, por Dios, por Dios, beberle la boca hasta arrancar de sus labios la invitación a acompañarle en la siguiente escalada y compartir con él ese momento que adivinabas de desnuda intimidad con la montaña. Obviamente, nunca me lo pidió.

Siempre me he preguntado qué hacía mal en mis primeros intentos de

ligar con los chicos que de verdad me interesaban. Había dos posibilidades: o pasaba desapercibida ante sus ojos o —si me veían— lograba aburrirlos en cuanto abría la boca dispuesta a mantener una conversación amena a la par que interesante sobre alguno de mis temas preferidos del momento. Esos temas podían variar entre la última exposición que había visitado, los efectos del cambio climático sobre nuestro futuro o la discriminación laboral de las mujeres, un pequeño anticipo de lo que ya percibía en el bufete donde trabajo. Muy ligeros y amenos cualesquiera de ellos, como se puede deducir. Me metía tanto en el tema, defendía mi postura con tanta vehemencia y pasión, que los pobres chicos terminaban dándome la razón, quizás como única vía de escape hacia sonrisas más livianas y versadas en el arte de ligar y en la conversación intrascendente. *Mea culpa*. Era consciente de mi incontinencia verbal imperativa, incluso abrumadora. Quizás fuera —he tenido mucho tiempo para pensarlo en los últimos tiempos— mi propia forma de filtrar el interés que ponían en mí, más allá de una noche de juerga.

En cuanto distinguí el perfil de Javier en aquella fiesta me dio un vuelco el estómago. Me las apañé para acercarme con discreción al grupo de amigos con el que se había mezclado. Bebía a tragos largos de su lata de cerveza y se desternillaba de risa con la intensidad de un niño pequeño, a carcajada limpia, sin dobleces. En cuanto tuve ocasión, me deslicé a su lado y lo saludé, efusiva, elevándome hasta hacer pleno de mis labios en sus mejillas rasposas. Noté su mano rozando indecisa mi cintura, sus ojos resbalando sobre mí, cómplices brillantes de una de sus magníficas sonrisas, y me preguntó que cómo me iba. Se acordaba del último día en que nos habíamos visto, en un bar de Huertas.

Nuestra conversación discurrió por afinidades mutuas hasta que, en cierto momento, nos sumergimos en un silencio que se me antojó incómodo, y no supe llenar con otro tema que no fuera mi trabajo en el bufete, mi área de especialización, mis aspiraciones y no sé cuántas pretenciosas estupideces más, las mismas que tanto había criticado en muchos de los que tenía alrededor. Llevaba un rato de monólogo cuando me percaté de que Javier había desconectado: su mirada indiferente vagaba por el jardín, como si buscara a alguien, quien fuera que sostuviera una excusa para alejarse. Y entonces me callé. Di un paso atrás, fingí observar la fiesta alrededor, seguir tímidamente el

ritmo de la música, en un silencio que, esta vez sí, resultó incómodo para ambos. Él me miró de reojo, le dio el último trago a su cerveza y se disculpó conmigo, educado y encantador, alegando que debía saludar a un amigo. Le seguí con la mirada, consciente de que no habría más oportunidades. Vigilé sus movimientos por la fiesta el resto de la siguiente hora, atenta a un imposible cruce de miradas con él, a un mínimo resto de interés por su parte, que no llegó.

Mis amigas se solidarizaron conmigo con palabras de falso consuelo. Ese tal Javier ni merecía la pena ni era mi tipo. ¿No merecía la pena? No lo sé. Pero desde luego que era mi tipo, y no esos otros chicos que nos rodeaban, cortados todos por el mismo patrón estético, social y vital, compitiendo en verborrea de sus futuros éxitos profesionales. Y lo peor es que ese era el tipo de gente con el que me movía habitualmente, no solo en mi círculo de amigos sino también en mi entorno laboral. Nada más terminar la carrera y sin tener muy claro aún qué hacer, un buen contacto de mi padre me facilitó la entrada en un bufete dedicado a la asesoría de empresas en el que aún sigo. Mi padre me convenció de que era una buena salida, algo temporal si así lo deseaba, mientras me aclaraba las ideas.

Así las cosas con Javier, me di a la bebida. Fui en busca de mi tercer vaso de sangría —de fabricación casera y explosiva—, que llenaba una cacerola entera de aluminio. Una cacerola muy profunda entronizada sobre una endeble mesa de picnic años setenta, que alcanzaba una altura considerable. Cuando me llegó el turno de servirme, se me escurrió el cazo de metal entre los dedos y se hundió hasta el fondo. Para mi alivio, no había nadie más esperando detrás de mí. Miré a los lados por si encontraba algún otro utensilio con el que poder escarbar en la cazuela y rescatar el cazo hundido, con disimulo y dignidad. Lo único que vi fue un arbusto de romero a dos metros de distancia del que arranqué una rama de la largura suficiente como para llegar al fondo. Con cuidado, conseguí arrastrar el mango del cazo hasta casi ponerlo vertical y así poder meter la mano para cogerlo. En esa tesitura me conoció Mario.

—¿Se te ha caído un pendiente o algo? —me preguntó.

—No, el cazo para servir, pero... —Me estiré unos milímetros más—. ¡Ya lo tengo! —exclamé al agarrarlo entre mis dedos para luego sacarlo de la

cazuela con mi mano teñida de morado.

—Espera, que te limpio, que parece como si hubieras metido la mano en un cadáver —me dijo, mientras cogía un montón de servilletas de papel.

Me agarró la mano y me secó con cuidado. Lo primero que me llegó de él fue lo bien que olía. Un olor a madera, dulzón. Después me fijé en sus manos de dedos largos y finos, de uñas bien recortadas, y en su pelo castaño claro, liso y corto. Le di unas gracias aturulladas.

—Entonces, ¿te sirvo sangría con sabor a romero? —Le ofrecí, y él me tendió su vaso, devolviéndome la sonrisa.

Mario era un chico agradable, majo. El vergonzante final de mi conversación con Javier aún dolía, así que me quedé de pie junto a él, dejándole hablar todo lo que quisiera. Me dijo que era de Valencia, que trabajaba en una importante firma de auditoría, que esperaba llegar a socio algún día, que le gustaban las películas norteamericanas de acción y que corría medias maratonés. Cualquiera otro día le habría soltado un educado «qué interesante» y me hubiera dado la vuelta en busca de mis amigas. Pero esa noche, no. Me quedé con él. En la afición a correr fue donde conectamos y, a partir de ahí, se nos fue el tiempo hablando con tranquilidad en un sofá balancín desvencijado en el que nos mecíamos, situado a pocos metros de nuestro suministro de sangría. Mario no llamaba demasiado la atención por nada en particular salvo por el verde de sus ojos, extrañamente claro y acuoso, pero si dedicabas un rato a conocerlo, descubrirías a una persona incisiva y reservada, con algunos destellos brillantes.

Mis amigas no dejaban de lanzarme miradas y gestos intrigados desde la distancia, pero no les hice caso; ya tendría tiempo de contarles más tarde los detalles de lo que quisieran saber en el viaje de regreso a Madrid. Aun así, fueron incapaces de resistir la tentación de husmear y, a eso de las tres de la madrugada se acercaron a nosotros para avisarme de que se iban, y yo con ellas, claro. Me levanté de golpe del balancín para despedirme de un sorprendido Mario que reaccionó en el último minuto pidiéndome el teléfono. Lo más curioso es que en ningún momento tuve la sensación de estar ligando. Ni siquiera me atraía. Quizás por eso estuve tan relajada y natural a su lado. Le di mi número mientras echaba un vistazo a lo lejos por si veía a Javier. No vi ni

rastro de él.



Después de aquella noche, Mario esperó tres días para llamarme y quedar a tomar una copa esa misma semana. Debí rechazarlo pero le dije que sí. Salimos, lo pasamos bien, hablar nos resultó tan fácil como permanecer en silencio, y, como quien no quiere la cosa, continuamos quedando con frecuencia: a tomar café, a una copa al salir del trabajo, a cenar un viernes. Mario era de avanzar a pasos cortos y seguros, y yo le dejé hacer.

El caso es que no le di demasiadas vueltas. Me sentía cómoda con él, empecé a verle pequeños detalles que me gustaban, me hacían gracia, como su interés en conocer mis gustos musicales para ponerlos en su coche o su sonrisa de admiración al verme salir del portal de punta en blanco, antes de esforzarse en decirme lo guapa que estaba. Desde el principio me hizo sentir que yo era diferente, algo así como un regalo inesperado que manejaba con una mezcla de entre orgullo y timidez. Pero creo que, por encima de todo, lo que más me sedujo de él fue su determinación, su claridad de ideas respecto a lo que quería conseguir en la vida. Y me quería a mí.

Mario era de pocos amigos y planes tranquilos: unas cañas al principio de la noche, sesión de cine o de teatro, cena en restaurante coqueto que solía elegir yo y, a veces, copa en algún bar poco abarrotado. No le gustaban —ni le gustan— las multitudes ni la música muy alta ni trasnochar demasiado. Mis amigas decían que era un desaborío. Es posible que sí, pero tenía muchas otras virtudes. Era atento, generoso, decidido, perseverante, y, aunque siempre ha sido persona de expresar poco sus sentimientos, en todo momento he sabido lo que sentía por mí. Esos pequeños gestos suyos que aprendí a descifrar me decían todo lo que necesitaba saber.

Al mes y medio de conocernos, una noche nos enrollamos con torpeza en su coche, entre besos y tocamientos acelerados. Dos semanas después, me invitó a cenar y ver la secuela de *Matrix* en el pequeño apartamento que

compartía con un amigo de Valencia. Su amigo se había ido de fin de semana.

Mario había comprado unas bandejitas de *sushi* y de *maki* en honor a mí, adicta confesa a la comida japonesa. Le observé colocarlos con mucho cuidado en un plato, manejando los palillos con poca destreza. Nos sentamos los dos juntos en el sofá y nos comimos el *sushi* mano a mano mientras comentábamos nuestra semana laboral, que todo lo absorbía. Luego, ya unos meses después de esa noche, me confesó que aquella fue la primera vez en su vida que comió comida japonesa y que se había entrenado en el uso de los palillos durante más de una hora antes de que yo llegara. En su familia no tenían por costumbre salir a comer a restaurantes ni japoneses ni españoles. Era un dispendio innecesario al que sus padres nunca se habían acostumbrado, ni siquiera cuando el sueldo de su padre —operario en una fábrica de cerámica—, sumado a las horas que echaba su madre como costurera de arreglos en una tienda, les daba para llegar sin deudas a fin de mes. Además, tampoco es que disfrutaran de demasiadas ocasiones para celebrar nada desde que nació su hermana María. Tres años menor que él, con una enfermedad degenerativa congénita con la que se fue apagando año tras año hasta cumplir los ocho. Mario tenía once años cuando murió. Más de una vez le pregunté por su hermana y por aquella época de su vida, pero lo único que me decía es que era demasiado crío como para recordarlo.

Cuando recogimos la cena, contemplé cómo Mario se acomodaba en un extremo del sofá, dispuesto a ver la segunda parte de *Matrix*, no sin antes llamarme con dos palmaditas sobre el cojín para que me sentara a su lado. Yo me había imaginado que lo de la película no dejaba de ser una excusa para poder acostarnos juntos, pero Mario no hacía ningún gesto o intento de besarme y yo no sabía si dar el primer paso o esperar. A ver, no soy una devoradora de hombres pero tampoco he sido nunca una mojigata. En el equilibrio está la virtud, dice mi madre, así que cuando vi que la película avanzaba entre persecuciones e interminables multiplicaciones clónicas, y él seguía atento a la pantalla sin mover un músculo, decidí tomar la iniciativa. Me senté en su regazo, le eché el brazo por los hombros y comencé a besarlo despacio, boca, oreja, cuello. Y así conseguí que reaccionara. Su siguiente movimiento fue apagar la tele y entonces sí, él se levantó de un salto, me agarró la mano y me

condujo a su habitación.

Así avanzó nuestra historia, a ritmo tranquilo y predecible, sin los habituales altibajos emocionales que habían acompañado mis enamoramientos anteriores. ¿Quién dice que es necesario sentir un vuelco en el estómago o tener el corazón en un puño o los nervios a punto de sufrir un cortocircuito mientras esperas la llamada de un chico, para saber si es realmente amor? Hay tantas formas de amar como personas, momentos y expectativas tejemos en torno al amor. Yo conocí a Mario en un momento en que necesitaba certezas y él me las dio. No sé si me enamoré de él o aprendí a entender otro amor, el que discurre por los márgenes de las pasiones encendidas. El amor tranquilo, apacible, compañero.

Me dejé llevar, lo reconozco. Nunca pensé que pudiera convertirse en una relación a largo plazo pero lo cierto es que nos amoldamos el uno al otro sin apenas darnos cuenta. O quizás sería más real reconocer que yo me amoldé a él, a su visión clarividente de lo que quería en la vida, a sus repensados planes de futuro, a su mundo de fronteras conocidas, cuadrículadas y controlables dentro de las cuales me apoltroné, muy segura y cómoda.

Al cabo de dos años decidimos irnos a vivir juntos —con la bendición de mis padres—, al apartamento de alquiler de sesenta y cinco metros cuadrados en el que nos alojamos ahora. Hace poco se han cumplido cuatro años desde que nos mudamos. Yo hubiera preferido un piso céntrico, pero, debido a un error o a una argucia rocambolesca de la inmobiliaria, nos encandilaron con este de dos habitaciones, bien distribuido, muy luminoso, con plaza de garaje, situado en un barrio nuevo del norte de Madrid de urbanizaciones cerradas en bloque alrededor de sus piscinas, grandes avenidas despejadas y poca vida en la calle. Y tampoco es que la necesitáramos en aquel momento.

En nuestro bloque no conocíamos a ningún vecino, y, en el primer año, creo que no cruzamos con nadie ni una palabra más de hola y adiós, masculladas en el abrir y cerrar de las puertas del ascensor. Ni siquiera con el portero, Carlos. Debía de pensar que éramos unos estirados antipáticos. Ya me imagino su comentario: «Tan jóvenes y tan gilipollas». Menos mal que con el tiempo he conseguido redimirnos ante él.

Nuestros respectivos trabajos nos sacaban de casa a las ocho de la

mañana o antes, y volvíamos a las ocho de la tarde o incluso después, cuando ya no había ni tiempo ni ganas de comprar nada, ni siquiera una triste lechuga. Antes de mi enfermedad éramos los amos de la comida a domicilio y de los platos precocinados, que devorábamos sentados frente a la televisión incluso los fines de semana. Habíamos probado todos los catálogos de precocinados congelados que encontramos: bandejitas de menestras, lasañas, lentejas, espinacas con bechamel..., nuestros preferidos eran los pimientos del piquillo rellenos de bacalao. Los viernes que no salíamos tocaba oriental, por expreso deseo de Mario, en quien recaía la tarea de traerla a casa. Los sábados después de comer desenfundábamos nuestros portátiles en la mesa del salón y se nos escapaban las horas concentrados en el trabajo que ambos nos habíamos llevado a casa. Por la noche, salíamos con alguna pareja de amigos — normalmente, un par de colegas de trabajo de Mario, con sus novias: mis amigas eran más inestables en eso de tener pareja— que llevaban un estilo de vida muy parecido al nuestro. Ese era el plan, ¿no? o al menos, lo que se esperaba de nosotros en estos primeros años laborales, el momento de darlo todo en nuestras carreras profesionales para conseguir nuestros objetivos: ser dos profesionales de éxito, comprarnos un piso en una zona residencial en las afueras de Madrid, crear una familia y marcharnos de vacaciones al Caribe o a las chimbambas que, a fin de cuentas, da igual.

4

Jueves. Me quedan cuatro días para reincorporarme a mi trabajo. Esta mañana, en cuanto se ha marchado Mario, me he probado mis trajes de hace un año. Ninguno me entra. Todos piensan que cuando tienes una enfermedad como el cáncer, te chupa por dentro hasta dejarte seca, gris, demacrada. Yo también lo pensaba, pero no. Al menos, no ha sido mi caso ni el de otras pacientes que he conocido a lo largo del tratamiento. Los medicamentos me hinchaban. Además, al estar muy cansada apenas me movía y debía comer bien para cuidar mi sistema inmunitario, así que era inevitable que engordara unos kilos.

Las chaquetas me quedan algo justas pero los pantalones y las faldas se resisten a cruzar la frontera curvilínea de mis caderas. Me aprietan, me siento constreñida. Al abrocharlos, no me dejan respirar. Mis mallas, vaqueros, jerséis anchos y mi blusón indio están descartados para la oficina, así que lo único aceptable que tengo, hoy por hoy, es un vestido camisero beis para disimular los excesos y carencias de mi cuerpo. Le he llorado un buen rato a mi hermana mi aumento de talla hasta que ha resuelto dedicarme un hueco de esta misma tarde a renovar mi vestuario, como si fuera otra de sus clientas.

Mi móvil vibra con la entrada del mensaje de Eva avisándome de que en diez minutos me espera abajo, en el portal de mi edificio.

Me enrolló mi precioso pañuelo multicolor en la cabeza y me pinto un poquito los ojos y los labios. Por mucho que diga Mario, me veo más atractiva con el pañuelo. Me siento capaz de ponerme el mundo por montera, fíjate lo que te digo. Desde mi recuperación, me gusta más maquillarme, ponerme guapa. Supongo que será un mecanismo interno de defensa para compensar el varapalo a mi feminidad. Hay días que ni me acuerdo de mi cáncer, si no fuera

por mi pecho izquierdo, reconstruido a imagen y ligera semejanza de la teta sana que aún me queda. Sin pezón y con una costura bastante disimulada alrededor, tiene aspecto de seno ciego y sonriente.

Cuando bajo al portal para esperar a mi hermana me encuentro con Carlos, nuestro portero, limpiando los cristales de la puerta. Este hombre no para, siempre que salgo, está haciendo o arreglando algo.

—¡Buenos días, Carlos!

—¡Buenos! ¿Cómo se encuentra hoy? —No he conseguido todavía que me tutee, a pesar de que nos vemos a diario.

Desde que enfermé, Carlos ha seguido mi evolución día a día. Cada vez que me veía aparecer tras la puerta del ascensor, corría presuroso para ayudarme o acompañarme hasta la puerta, como si fuera una abuelilla.

—Estupenda, no me diga que no se nota. Dentro de nada me verá salir por ahí a correr, como si tal cosa.

—Con ese ánimo no me extrañaría nada. Pero vaya con cuidado.

Eva me ha venido a buscar con el coche que le ha cogido prestado a mi madre y conduce hasta uno de esos macrocentros situados en los alrededores de Madrid. Dice que es lo más práctico.

Una vez allí, entramos en varias tiendas hasta dar con dos conjuntos que pasan el filtro de mi hermana. Me pruebo una falda negra. Abro la cortina y me separo del espejo para mirarme de un lado, del otro. Mi hermana está sentada en un banquito, observándome.

—¿No es un poco seria? Estoy cansada de los colores oscuros o neutros —afirmo.

—¡Que no! Te pega con todo. Es muy socorrida para la oficina o para salir una noche, según con qué la complementes.

Tiene razón. Debería ponerme en sus manos para renovar de arriba abajo todo mi armario. Eva siempre ha sido la estilosa de la familia, la que era capaz de combinar ropa de mi madre de hace veinte años con prendas compradas en tiendas de moda barata para crearse unos conjuntos que para sí querrían algunas modelos.

Ella siempre lo tuvo claro. Mucho, muchísimo más claro que yo. No dudó en enfrentarse a mi padre cuando quiso convencerla de que sin una carrera

universitaria no iba a ninguna parte, que podía estudiar lo que eligiera y dedicarse a la moda como *hobby*. Si bien es cierto que mi padre nunca ha sabido manejar a mi hermana, en su descarga debo decir que Eva es de armas tomar. En sus peores años de adolescente, ya era de difícil trato: a veces indomable, a veces indolente, la mayoría del tiempo, insoportable. Iba por la vida como si el mundo le debiera algo y ella lo fuera a coger, quisieran o no. La única que la podía manejar un poco era yo, su responsable hermana mayor. Pero eso fue hasta aquel verano de sus dieciocho años. A partir de ahí, Eva decidió que el ambiente familiar la asfixiaba, que necesitaba mucho más espacio del que mis padres estaban dispuestos a darle para hacer su vida. Que yo tampoco era infalible, y que la podía traicionar.

Aquel año dejó colgado el bachillerato y encontró trabajo en unos grandes almacenes muy conocidos donde no paró hasta hacerse un hueco en lo que realmente le gustaba: crear estilismos en la tienda, seleccionar colecciones o asesorar en sus compras a clientas especiales. Con veinte años le pidió a mis padres que le alquilaran a un precio simbólico el piso que habían comprado como inversión varios años atrás en el centro de Madrid. No tuvieron más remedio que acceder porque estaban convencidos de que, si no se lo alquilaban ellos, capaz era de meterse en algún agujero de mala muerte con tal de marcharse de su casa. Pensaron que así, al menos, la tendrían algo controlada por si perdía el trabajo o tenía cualquier problema. Pero no perdió el trabajo. Al revés. A Eva le iba tan bien que, hace algo más de un año decidió establecerse por su cuenta y una buena parte de las clientas de los grandes almacenes se fueron con ella. «En realidad —me contó mi hermana una tarde durante una de mis sesiones de quimio en el hospital—, no necesito demasiadas clientas porque mi servicio se basa en la confianza, la exclusividad y el trato personalizado. Eso es lo que quieren y eso es lo que les cobro. Y ellas están encantadas».

—¿Tú te vas a comprar algo? —le pregunto según salimos de la tienda.

Eva se hace la sueca y mira hacia los dos lados del pasillo buscando algo.

—¿Te parece si quedamos en aquel café de la esquina? Voy a comprar una cosita rápido y nos vemos allí en veinte minutos.

La miro sin entender. ¿A santo de qué no quiere que la acompañe?

—¿Qué necesitas comprarte? —Vuelvo a preguntar. Noto que me esquivo la mirada y la llamo—: Eva.

—Un sujetador. Tengo que ir a una tienda de lencería, ¿vale?

—¿Y no puedes decírmelo sin más? ¿Crees que me voy a deprimir en una tienda de lencería? ¡No seas tonta! ¡Vamos!

Esto también es un efecto secundario del cáncer: la gente a tu alrededor teme herirte de la forma más ridícula posible, como si la enfermedad te hubiera afectado al cerebro y no a un pecho. No sé qué es peor, que te traten como una tonta o las tonterías que inventan para engañarte. Tiro de ella del brazo sin saber muy bien adónde ir. Lo cierto es que hace mucho que no entro en una tienda de lencería normal.

Después de la mastectomía busqué una tienda especializada para comprarme una prótesis mamaria externa y un par de sujetadores cómodos, grandes y tupidos, muy tupidos. Al entrar en la tienda esperaba encontrar no sé..., sujetadores ortopédicos o algo así, de esos de color carne y tela gruesa con costuras duras, como los de antiguamente y que todavía hoy llevan las abuelas o las madres —la mía tenía uno de esos hace años, que se lo vi yo— o prótesis con arneses a la espalda para sujetar una supuesta teta de plástico blando. Lo que da de sí la ignorancia, madre.

El establecimiento era un tienda de lencería normal, luminosa y cálida. De sus perchas colgaban muchos modelos de sujetadores distintos, desde funcionales a modernos y sexis. Algunos eran tan bonitos como cualquiera de Victoria's Secret. Y las prótesis, fabricadas en materiales suaves, blandos y agradables al tacto —«Este es uno de los productos en los que más han evolucionado los nuevos materiales sintéticos», me explicó la dependienta—, se pegaban, melosas, al cuerpo. Preferí comenzar con sujetadores tipo deportivo o funcionales con los que adaptarme a la sensación de llevar la prótesis puesta sin llevarme el susto de encontrármela cerca del ombligo o sobresaliendo por el escote. Me sentía tan cómoda con ellos que todavía me los pongo ya sin la prótesis, con mi pecho reconstruido. Sin embargo, debería empezar a buscar un sujetador más sugerente para cuando Mario y yo intentemos de nuevo mantener relaciones sexuales, que será en breve o nos arriesgamos a que me crezca el himen de nuevo.

Dos meses después de la quimio, antes de la operación de reconstrucción, lo probamos sin demasiadas ganas o confianza: yo estaba muy nerviosa, me sentía rara, no quería que Mario me viera la cicatriz, ni siquiera quería que me tocara cerca de la «zona cero», como la llamaba yo, así que me dejé la camiseta y el sujetador puestos. Me sentía muy torpe y pesada. Nada atractiva. Después de un buen rato de caricias y besos seguía sin estar excitada, y, cuando el pobre Mario intentó penetrarme, sentí un pinchazo tan doloroso que me hizo pegar un grito con el que por poco sale huyendo. Penoso. Vergonzoso. Luego volvimos a intentarlo una vez más pero yo ya estaba asustada o nerviosa o sugestionada por el dolor, así que de nuevo nos fue fatal. Desde entonces, no lo hemos vuelto a intentar ni lo hemos hablado.

El día en que mi médico me dio el alta superé mi vergüenza y le consulté el problema. Me dijo que no me preocupara: en mi vagina no había ningún problema físico ni me había crecido un tumor —el himen tampoco—, como yo ya me estaba imaginando. La sequedad y la reducción del deseo sexual eran culpa del tratamiento hormonal y había productos para solucionarlos; «lo más seguro, es que el dolor sea más fruto de tus nervios y tus miedos que de otra cosa», afirmó. Así pues, si me relajo, me pongo un sujetador sexi y un buen lubricante para las partes bajas, es muy probable que todo vaya bien.

Eva se pasea entre las perchas, examinando con ojo crítico cada modelo. Los que le gustan, me los enseña y si le digo que sí, se los guardo para que se los pruebe después. Me quedo esperándola mientras la observo moverse de un lado a otro de la tienda, tan guapa y exuberante. No puedo evitar fijarme en sus pechos, que lucen redondos y bonitos bajo su jersey ajustado.

Desde el momento en que entró en la adolescencia mi hermana se empeñó en competir conmigo por el tamaño y forma de nuestros pechos. Sobre todo, por el tamaño. Me obligaba a ponernos juntas con las tetas al aire frente al espejo de mi habitación para comprobar si las suyas habían crecido algo desde la última vez que nos habíamos medido, hacía dos días. Y no es que yo tuviera unos pechos enormes, que no, que usaba una noventa, pero ella estaba obsesionada con que las mías eran perfectas, ni muy grandes ni muy pequeñas, mientras que las suyas las veía pequeñas y estrábicas, porque cada pezón

miraba hacia un lado. Yo se las veía proporcionadas, e intentaba convencerla de que todavía podían crecerle y sino, siempre podría operárselas en un futuro cercano, cuando ya estuviera segura de que no estaba a gusto con lo que tenía.

Mi hermana Eva tenía quince meses menos que yo pero en esos años ambiguos de la preadolescencia y adolescencia, yo me empecé a desarrollar muy pronto. A los doce años ya tenía la regla y usaba sujetadores, mientras que mi hermana, con sus once años, estaba totalmente plana y sin atisbo de que aquello fuera a cambiar de forma inminente por más que ella metiera algodón en esos sujetadores de tipo deportivo, más para presumir ante sus amigas que por sujetar lo que no tenía.

Durante cuatro años, la adolescencia nos diferenció mucho en el físico: yo crecí, aumentaron mis pechos, se ensancharon mis caderas —en mi opinión, demasiado— y también mi culo. De hecho, ese desarrollo precoz me hizo incluso acomplejarme por unas tetas que veía grandes en comparación con las de mis amigas y rezaba cada noche para que pararan de crecer. Por suerte, en torno a los dieciséis años se estabilizaron en un tamaño más proporcionado a mi cuerpo.

Para su desesperación, Eva no pegó el cambio hasta los quince, cuando sus pechos adquirieron más volumen y su cuerpo adoptó formas más curvilíneas poco a poco. A los diecisiete años, mi hermana ya tenía unas tetas más grandes que las mías pero le seguía gustando enfrentarnos en el espejo para ver cuáles eran más sexis y bonitas, con sujetador y sin sujetador, con un escote o con otro, de frente y de perfil. A mí me daba igual, yo estaba muy a gusto con mi cuerpo y con mis pechos. Eran redondos, suaves y turgentes, «casi de anuncio», decía mi hermana que, en una ocasión, quiso que fuéramos a un *casting* de publicidad de una marca de productos de belleza que buscaban senos y manos bonitas. Yo, por supuesto, no solo me negué sino que le prohibí ir bajo amenaza de contárselo a mi madre. ¿A quién salvo a mi hermana se le ocurre presumir de sus domingas en la televisión? Que no, que no. Y ahora, cada vez que la miro, no puedo remediar fijarme en sus pechos firmes y abundantes.

—Perdona... —Un chico se acerca a mi hermana sujetando en su mano un conjunto de lencería precioso—. Estoy buscando un sujetador para mi hermana pero no sé la talla..., ¿me podrías decir qué talla utilizas tú? Creo que

ella tiene unas... —Sus ojos se quedan fijos en las tetas de mi hermana antes de proseguir—, parecidas.

—¿Para tu hermana? ¿Tú me ves cara de gilipollas o qué? —le espeta Eva.

—¿Qué te pasa? ¿por qué tienes que ser tan desagradable? —regaña en voz baja a mi hermana antes de volverme con una sonrisa de disculpa hacia el chico, que no sabe dónde esconderse—. Tiene una noventa y cinco.

Ese es el problema de Eva. Cree que el mundo la juzga por ser guapa y tener un cuerpo exuberante, así que, en cuanto se siente minusvalorada, saca su mala leche a pasear. Le da igual lo que piensen los demás. Mi hermana no se calla ni ante los tanques de Tiananmén. Y, a veces, siento un pinchazo no sé si de envidia o de admiración por ella, por esa autoconfianza y descaro con los que vive.

—Espero que a tus clientas no les saques esa mala leche que tienes, porque, sino, ya puedes ir preparando un currículum para trabajar en supermercados —le digo de vuelta a casa. Ella se ríe.

Cuando llegamos estoy agotada. Me tiro en el sofá con el abrigo puesto, permanezco inmóvil. Eva no tarda en aparecer a mi lado con un vaso enorme de zumo en una bandeja y una lata de cerveza para ella. Se deja caer a mi lado y me da un achuchón fuerte.

Desde el día en que me dieron el diagnóstico y Eva se presentó en casa de mis padres con el único propósito de impedir que me viniera abajo, se ha convertido en mi amiga, mi confidente, mi paño de lágrimas y de risas, mi dispensadora de abrazos en los momentos de bajón —que los ha habido, y muchos—, mi animadora personal, mi asesora de imagen, mi sargenta cuando lo necesitaba o mi cuidadora durante los días más flojos, aquellos en los que Mario no estuvo a mi lado, que fueron unos cuantos. Por eso Eva lo desprecia tanto ahora.

En realidad, mis dos guardianas cuidadoras durante los largos meses de mi tratamiento han sido mi madre y mi hermana. Después de llorar como una magdalena los primeros días, mi madre se pegó a mi costado desde el momento en que salí del quirófano. Me ayudó a bañarme al volver del hospital, en aquellos momentos en que dolía más la angustia de notar la ausencia de mi seno que la propia herida recién cosida. Al salir de la ducha, mi madre me

envolvió con la toalla en un largo abrazo, igual que hacía cuando era niña y salía corriendo del mar, tiritando de frío. En ese abrazo dulce me transmitió todo el amor con el que empecé a reconstruirme por dentro.

Mi madre no se despegaba de mí, me acompañaba a todo, se ocupaba de los detalles de mi día a día, y, a menudo, se impuso con voz atronadora a las impacencias y malos humores de mi hermana. Ellas dos no fueron las únicas, claro. También revoloteaban a mi alrededor mis primas con su parloteo sobre sus historias en las noches locas de Madrid, mi madrina —mi tía Menchu, una de las hermanas de mi madre—, que aparecía muchas tardes con una planta distinta en sus manos, mi amiga Susi, que me obligaba a enseñarle mis pruebas médicas y escuchaba mis muchos malestares con paciencia de amiga y de enfermera o a un par de compañeras de la universidad, que crearon un grupo en Whasapp para alegrarme los días con buen humor. Me acuerdo de todos y cada uno. Y también de aquellos pocos que se borraron de aquel momento de mi vida, como mi amiga Adriana.



Soy la primera en acostarme. Sin pijama. Solo un conjunto de lencería de encaje comprado para la ocasión: el intento definitivo de recuperar nuestra anterior vida sexual de pareja. Finjo que leo un libro mientras observo de reojo las idas y venidas de Mario entre el baño y la habitación. Como siempre, ha dejado la tableta esperándole en su mesilla de noche hasta meterse en la cama, momento que aprovecha para consultar las noticias y el correo electrónico antes de dormirse. Cuando se acuesta, cierro el libro y me enredo en su costado, mi pierna enroscada cual boa en la suya. Él me pasa el brazo por la espalda, me mira de refilón, y vuelve la mirada a la pantalla. Casi desde que empezamos a salir supe que Mario no era un hombre muy sensual. Hasta que llegó él, yo pensaba que todos los hombres querían tener sexo a todas horas, pero al parecer, no es así. O Mario no es así. Mario se lanza si soy yo la que da el primer paso pero hay que tirar un poco de él al principio. No es de los que

saltan sobre una al menor indicio de acercamiento ni de los que te buscan noche sí noche también por si cae la breva ni de los que te miran como si quisieran desnudarte en cualquier momento, en cualquier lugar. Él no. No sé si es una cuestión de tipologías masculinas, de sentimientos o de química, de piel. Creo que le ponen más las cuentas de resultados de las empresas que audita que yo con un conjunto de lencería de encaje rojo que nunca me he comprado, por supuesto.

Extiendo mi mano lentamente por su vientre. Parpadea rápido, parece que ya lo ha pillado. Chico listo.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—El médico dice que es cuestión de coco. Quiero probar otra vez hasta que lo consigamos.

Tampoco estoy yo muy inspirada hoy en las artes de seducción, que se diga. Es lo que hay.

—Como quieras, pero no lo hagas por mí.

—Cualquiera diría que no lo echas de menos... —le replico, insegura.

—No es eso, mujer. Pero tampoco quiero que te obsesiones ni te traumatices por esto. No es tan importante.

No, qué va. Si no es importante ahora que somos una pareja joven en los treinta, ¿cómo lo será dentro de cinco años?

—Me traumatiza más que no te apetezca.

—¡Qué cosas dices! No es eso, es que a mí también me crea un poco de ansiedad.

Al colocar su brazo por debajo de mi cuello, sé que ha consentido.

Nos besamos despacio, como si fuera un primer ensayo tentativo, hasta que Mario se acelera con boca apremiante, su lengua buscando la mía y a partir de ahí, parece prender una chispa diminuta entre nosotros. Y entonces, no sé si es por la falta de práctica o los nervios o qué, nos convertimos en un revoltijo de brazos y piernas descoordinados, perdidos en un compás olvidado.

Me tumbo y ahora sí. Sus manos descienden acariciando mi pecho derecho, donde se acumula toda la sensibilidad de la que carece el izquierdo, y continúa por mi costado hasta agarrar mis nalgas. Su boca me recorre entera desperezando lentamente el deseo adormecido. Intento no distraerme en alguna

tontería que me viene a la cabeza. Lo intento. Me agarro a alguna de mis fantasías tan socorridas en alguna de aquellas noches de pocas ganas, hasta que me siento ir en las manos de Mario. Mi primer orgasmo en el último año. Suspiro con alivio, más para él que para mí.

Me acurruco a su lado unos segundos y después extendiendo la mano a la mesilla de noche donde he dejado el gel lubricante con el que me humedezco mi zona más íntima. Le pido que busque un preservativo —otra vuelta a nuestros inicios de pareja: no podemos arriesgarnos a quedarnos embarazados mientras dure el tratamiento hormonal, es peligroso, según el médico—. Mario entra despacio, suave, pendiente de cualquier mínima reacción de dolor mía. Se mueve adelante y atrás, una y otra vez, en oleadas cada vez más largas y fuertes, con sus ojos cerrados a la altura de mi pecho, hasta que lo siento estremecerse de placer. Luego, se deja caer sobre mí y se recuesta a mi lado, abrazándome mientras se recupera del resuello. Murmura en mi oído: «cuánto tiempo».

Me da un beso en el hombro. No tardo en escuchar su respiración acompasada. Se ha dormido.

- ◆ Si te ha gustado este adelanto de «**El mapa de mi piel**», **puedes hacerte con la historia completa en [Amazon.es](https://www.amazon.es) al precio de 2,99€** a partir del próximo lunes 4 o martes 5 de julio. Lo presento al Concurso de Autores Indie (o autopublicados) de Amazon que comienza este 1 de julio y finaliza el 31 de agosto.
- ◆ Me ayudaría un montón saber qué opinas de este avance. Tanto si te ha gustado como si no, y en ese caso, saber por qué. Puedes escribirme a mi email mria.montesinos@gmail.com o a través de un comentario en el blog.
- ◆ Y si eres de las que te ha gustado, te agradecería «hasta el infinito y más allá» si lo compartieras con tu entorno tanto con el boca a boca o en tus redes sociales. Vuestra recomendación es la mejor promoción que podemos tener los autores autopublicados.

Comienza la aventura de esta historia.

¡Abrazos!

María Montesinos

<<<<>>>>